

mismo día en el cual decia: « Una sola reflexion  
« es la que me confunde, y es que todos mis es-  
« fuerzos por salvar al pueblo no paran en otra  
« cosa mas que en una nueva insurreccion. Al  
« ver el temple de la mayor parte de los diputa-  
« dos á la convencion nacional, désespéro de la  
« salvacion pública. Si en las ocho primeras sesio-  
« nes no están sentadas las bases de la constitu-  
« cion, no espereis nada de esta asamblea. Cin-  
« cuenta años de anarquía os esperan y no sal-  
« dreis de ella sino por medio de un dictador que  
« sea verdadero patriota y hombre de estado.....  
« ¡ Oh pueblo parlanchín, si supieras obrar !.....

La lectura de aquel párrafo fué muchas veces interrumpida con gritos de indignacion, y apenas se concluyó cuando una multitud de miembros se desencadenaron contra Marat, amenazándole unos con la Abadia y la guillotina, y otros dirigiéndole vituperios. El no respondió mas que con sonrisa á todos los ataques que le dirigieron, pero habiendo solicitado Boileau un decreto de acusacion contra él, quiso la mayor parte que se votara inmediatamente. Insistia Marat en ser oído, y aunque no querian escucharle sino en la barra, al fin se le permitió subir á la tribuna. Principió por recordar segun su constumbre la *necesidad del pudor en sus enemigos* y en cuanto á los decretos que no se habian avergonzado de echar-



MARAT.

le en cara, dijo que se gloriaba de ellos porque eran el precio de su valor. Fuera de que con solo haberle nombrado el pueblo para la asamblea nacional, le habia purgado de los decretos y decidido entre sus acusadores y él. En cuanto al escrito que acababa de leerse, dijo que no le negaria porque jamas la mentira se habia asomado á sus labios, y el temor era extranjero á su corazon. «pedirme una retraccion, añadió, es exigir que «yo no vea lo que veo, que no sienta lo que «siento, y no hay poder alguno en cuanto alum- «bra el sol que sea capaz de este trastorno de ideas: «yo puedo responder de la pureza de mi corazon, «mas no alterar mis pensamientos, porque ellos «son tales como me sugiere la naturaleza de las «cosas.»

Luego dijo á la asamblea que aquel escrito que se habia impreso en forma de pasquin hacia diez dias, habia sido reimpresso contra su gusto por su librero; pero que acababa de hacer en el primer número del *Diario de la República*, una nueva esposicion de sus principios, con que seguramente quedaria satisfecha la asamblea si queria escucharle.

En efecto consintió en que se leyera el artículo y apaciguada con las espresiones moderadas de Marat en el trozo intitulado *su nueva marcha*, le trató con menos rigor, y aun obtuvo algunas

señales de satisfaccion. Pero subió otra vez á la tribuna con su ordinaria osadia, y pretendió dar una leccion á sus cólegas acerca del peligro de dejarse acalorar y prevenir. Si su diario no hubiese salido aquel día mismo para disculparle de seguro le envian ciegamente á la cárcel. « Pero, dijo enseñando una pistola que llevaba siempre en el bolsillo y que se aplicó á la frente, no me faltaba medio para permanecer libre, y me hubiera hecho saltar la tapa de los sesos en esta misma tribuna si hubieseis decretado mi acusacion. ¡He aqui el fruto de mis trabajos, peligros y sufrimientos! Con todo eso permaneceré entre vosotros para hacer frente á vuestros furios. » Al oír esta última palabra volvieron á indignarse sus cólegas y empezaron á gritar con el mayor tumulto que era un loco y un perverso.

Habia durado muchas horas la discusion y no se habia adelantado nada sobre el pretendido proyecto de la dictadura en favor del triunvirato, pero sí mucho sobre el carácter de los partidos y su respectiva fuerza. Se habia visto que Danton estaba muy accesible y de buena voluntad hacia sus cólegas, con tal que no le inquietasen sobre su conducta. Robespierre estaba lleno de hiel y de orgullo: Marat cubierto de cinismo y audacia, desechado hasta de su propio partido, pero procurando acostumar los ánimos á sus atroces siste-

mas: y á todos tres en fin adelantando en la revolucion con diferentes facultades y diferentes vicios, sin estar acordes unos con otros, desechándose recíprocamente y sin tener otra cosa comun que la aficion al influjo, que tan natural es en todos los hombres, pero que todavia no pasaba de ser un proyecto de tirania. Estuvieron de acuerdo con los girondinos en proscribir á setiembre y sus horrores; tributaron la estimacion debida al talento y probidad de estos últimos, pero advirtieron que eran exageradas é imprudentes sus acusaciones, y no pudieron menos de advertirse en su misma indignacion algunos sentimientos personales. Desde aquel instante se dividió la asamblea en lado derecho y lado izquierdo, como en los primeros dias de la constituyente. En el primero se colocaron todos los girondinos, y aquellos que sin estar tan personalmente enlazados con su suerte, participaban de su generosa indignacion. En el centro se acomodaron considerable número de diputados hombres de bien y pacíficos, que no siendo inclinados ni por carácter ni por su talento á tomar parte en la lucha de los partidos de otra manera que con su voto, procuraban confundirse en la multitud, en la obscuridad y en la seguridad. Les tranquilizaba su considerable número en la asamblea, el respeto con que todavia se miraba esta corporacion,

y la prisa misma que el partido jacobino y municipal mostraban por justificarse á sus ojos. Se lisongeaban de que la autoridad de la asamblea bastaria con el tiempo para domeñar á los agitadores y no les pesaba de diferir la energía, para poder decir á los girondinos que sus acusaciones eran aventuradas. Todavía por entonces no daban muestra sino de que eran hombres de razon é imparcialidad, aunque un poco envidiosos de la elocuencia demasiado frecuente y brillante del lado derecho; pero no tardarán mucho en convertirse en débiles y cobardes en presencia de la tiranía. A este centro le llamaron la *Llanura*, y en contraposicion se llamó *Montaña* el lado izquierdo donde se amontonaron los jacobinos unos sobre otros. En las gradas de aquella montaña se veían los diputados de Paris y de los departamentos que debian su nombramiento á la correspondencia de los clubs, ó habian sido ganados despues de su llegada, con la idea de que no se debía dar cuartel alguno á los enemigos de la revolucion. Contábanse tambien entre ellos algunos hombres de talento, pero esactos, severos y positivos, á quienes desagradaban las teorías y filantropía de los girondinos, como vanas abstracciones. Sin embargo los Montañeses eran todavía poco numerosos en aquella época. Unida la Llanura con el lado derecho, componia una mayoría inmensa,

que habia dado la presidencia á Petion y aprobaba los ataques de los girondinos contra el mes de setiembre, salvas las personalidades que les parecían demasiado precoces y poco fundadas.

Habiáse dejado sin decision lo relativo á las acusaciones recíprocas de los dos partidos, pero se mantuvo el decreto de la víspera en que quedaban acordados tres objetos: 1.º pedir al ministerio del interior un informe esacto y fiel del estado de Paris; 2.º redactar un proyecto de ley contra los provocadores á muertes y saqueos; 3.º discurrir los medios para reunir al rededor de la convencion una guardia departamental. En cuanto al informe sobre el estado de Paris era bien sabida la energía y sentido en que la haria Roland: tampoco se ignoraba como redactaria sus proyectos la comision encargada de hacerlos contra las provocaciones escritas y en favor de la composicion de una guardia, porque todos sus miembros eran girondinos y estaban entre ellos Buzot, Lamsource y Kersaint.

Pero precisamente eran estos dos últimos proyectos los que mas indignaban á los Montañeses, los cuales preguntaron si se trataba de renovar la ley marcial y las desgracias del campo de Marte, y si pretendia la convencion rodearse de satélites y de guardias de corps como el último rey. De este modo renovaban los Montañeses, en sentir de

los girondinos todas las razones que habia dado la corte contra el campamento de Paris.

Muchos miembros del lado izquierdo, y aun de los mas acalorados estaban muy prevenidos, en calidad de individuos de la convencion, contra las usurpaciones del ayuntamiento, y fuera de los diputados de Paris, ninguno le defendia cuando le atacaban, que era todos los dias. Asi fue que los decretos se iban sucediendo con rapidez, y como el ayuntamiento tardaba en renovarse, apesar del decreto que prescribia la reeleccion de todos los cuerpos administrativos, se le mandó al consejo egecutivo que velase sobre su renovacion y diese cuenta dentro de tres dias. Se nombró una comision de seis miembros para que tomase declaraciones firmadas de todos los que habian depositado efectos en la casa de la ciudad, y verificar la existencia de tales efectos ó el empleo que se habia hecho de ellos. El directorio del departamento, á quien la municipalidad insurreccional habia reducido al título y funciones de simple comision administrativa, fue reintegrado en todas sus atribuciones y tomó de nuevo el título de directorio. Igualmente se mandó que volviesen á ser secretas, en virtud de la ley actual, las elecciones comunales para el nombramiento de corregidor, de individuos del ayuntamiento y del consejo general, que los jacobinos

habian determinado recientemente que fuesen en voz alta para intimidar á los débiles. Como las elecciones hechas hasta aqui por aquel método ilegal fueron anuladas, se sometieron las secciones á volver á principiarlas en la forma prescrita. Por último se decretó que todos los presos que estaban encerrados sin mandamiento de arresto, fuesen inmediatamente puestos en libertad. Este fue un gran golpe que se dió á la comision de vigilancia, que se habia encarnizado particularmente contra las personas.

Todos estos decretos fueron espedidos en los primeros dias de octubre, y el ayuntamiento vivamente perseguido, se veia obligado á humillarse bajo el ascendiente de la convencion; pero sin embargo la comision de vigilancia no habia querido dejarse batir sin resistencia. Sus miembros se presentaron á la asamblea diciendo que venian á confundir á sus enemigos con los papeles encontrados en casa del mayordomo de palacio Laporte, que como ya se acordará el lector, habia sido condenado por el tribunal del 17 de agosto. Entre ellos, decian que habian descubierto una carta, en que se hablaba de lo que habian costado ciertos decretos espedidos por las precedentes asambleas, y que por tanto venian á desenmascarar á los diputados vendidos á la corte, y probar la falsedad de su patriotismo.—Nombradlos, gritó

la asamblea con indignacion.—No podemos traerlo todavia, respondieron los miembros de la comision, é inmediatamente se nombró una de 24 diputados que no habian hecho parte ni de la constituyente ni de la legislativa, á quienes se encargó que para disipar la calumnia reconociesen todos aquellos papeles y presentasen su informe. Marat, que fué el inventor de aquel recurso, publicó en su diario, que habia pagado á los *Rolandistas*, acusadores del ayuntamiento, en su *propia moneda*, y anunció el soñado descubrimiento de una traicion de los girondinos. Sin embargo despues de examinados los papeles, no se encontró comprometido ningun diputado, y se declaró calumniadora la comision de vigilancia. Eran demasiado voluminosos los papeles para que los 24 diputados continuasen su exámen en la casa de la ciudad y asi fueron trasladados á una de las comisiones de la asamblea, con lo cual, viéndose privado Marat de tan ricos materiales para sus acusaciones cotidianas, se irritó mucho y pretendió en su diario que se habia querido destruir la prueba de todas las traiciones.

Despues de haber reprimido de este modo los excesos del ayuntamiento, se ocupó la asamblea en arreglar el poder ejecutivo, y decidió que en adelante no pudieran elegirse ministros entre los individuos de su seno, y asi precisado Danton á

optar entre las funciones de ministro de justicia ó miembro de la convencion, prefirió, como Mirabeau, las que le aseguraban el uso de la tribuna, y dejó el ministerio sin dar cuenta de los gastos secretos, diciendo que ya se las habia dado al consejo. Esto no era verdad, pero no se quiso insistir en ello y se pasó adelante. Habiendo reusado el ministerio François de Neufchateau <sup>15</sup> ocupó la plaza Garat <sup>16</sup> escritor muy acreditado, buen ideólogo, y que se hizo famoso por la escelente redaccion del *Diario de Paris*. Cansado ya Servan de una administracion tan laboriosa y tan superior, sino á sus facultades á lo menos á sus fuerzas, prefirió el mando del ejército de observacion que se estaba formando en las faldas de los Pirineos, y se encargó provisionalmente á Lebrun el ministerio de la guerra, con el que ya tenia de negocios extranjeros. Ultimamente tambien ofreció su dimision Roland, porque estaba cansado de una anarquia tan opuesta á su probidad y á su amor inflexible del orden. Propusieron los girondinos á la asamblea que se hiciesen instancias para que continuara en el ministerio, pero se opusieron á ello los de la Montaña y particularmente Danton, que le habia contrariado mucho, diciendo que aquel paso era poco digno de la asamblea. Quejóse de que era débil y que le gobernaba su muger; pero se respondió á este

cargo de debilidad con la carta del tres de setiembre, y aun hubiera podido añadirse la oposicion que el mismo Danton habia encontrado en el consejo. Mas con todo se pasó al órden del día, y á fuerza de instancias de los girondinos y otros hombres de bien, permaneció Roland en el ministerio. « Permanezco en él, escribió noblemente á la asamblea, porque la calumnia me persigue, porque me esperan peligros, y porque parece que la convencion lo desea. Es demasiado glorioso para mí, añadia al fin de la carta, que solo pueda echárseme en cara mi union con el valor y la virtud. »

Despues se separó la asamblea en diferentes comisiones, y creó una compuesta de 30 miembros para la vigilancia, otra de 24 para la guerra; otra de 15 para la contabilidad; otra de 48 para la legislacion criminal y civil, y otra de 42 para los asignados, monedas y hacienda. Hubo otra mas importante que las demas, por estar encargada del principal objeto con que se habia reunido la convencion, que era el de preparar un proyecto de constitucion. Esta fué compuesta de 9 miembros diversamente célebres, y casi todos escogidos segun las miras del lado derecho, en la cual tuvo sus representantes la filosofia en la persona de Sieyes, de Condorcet, y del americano Tomas Paine, elegido recientemente ciudadano

frances y miembro de la convencion nacional; la Gironda fué particularmente representada por Gensonné, Vergniaud, Petion y Brissot; el centro por Barrere <sup>17</sup> y la Montaña por Danton. No dejará de admirar ver á este tribuno tan activo y de tan poca meditacion, hacer parte de una comision tan filosófica, y parece que hubiera sido menos malo elegir para ella á Robespierre, si no por su talento á lo menos por su carácter. Es cierto que Robespierre ambicionaba mas aquel honor y que le humilló bastante no haberle obtenido, pero prefirieron á Danton, ya porque su ingenio natural le hacia apto para todo, y ya porque no tenian sus cólegas con él ningun resentimiento profundo. Este modo de componer la comision fué causa de que se dilatase por tanto tiempo el trabajo de la constitucion.

Despues de haber provisto de este modo al restablecimiento del órden en la capital, á la organizacion del poder ejecutivo, á la distribucion de las comisiones y á los preparativos de la constitucion, quedaba otro objeto que arreglar, y uno de los mas graves de que tenia que ocuparse la asamblea, que era decidir de la suerte de Luis XVI y de su familia. Se habia guardado el mayor silencio sobre esto, mientras que en todas partes no se hablaba de otra cosa, como en los jacobinos, en el ayuntamiento y en todos los sitios públicos

y privados, escepto en la convencion. Habian sido cogidos con las armas en la mano algunos emigrados y los iban conduciendo á Paris para aplicarles las leyes criminales, con cuyo motivo se levantó una voz, y fué la primera, preguntando si en lugar de ocuparse de aquellos culpables subalternos, no seria mas acertado pensar en otros mas elevados que estaban encerrados en el Temple. Al oír esta palabra reinó un profundo silencio en la asamblea, y Barbaroux le rompió diciendo que antes de saber si la convencion habia de juzgar á Luis XVI, convenia decidir si esta era cuerpo judicial, porque habia otros culpables á quienes juzgar fuera de los del Temple. Al suscitar esta cuestion aludia Barbaroux al proyecto de instituir la convencion en tribunal extraordinario, para juzgar por si misma á los *agitadores*, *los triunviros* etc., y despues de algunos debates se remitió la proposicion á la comision de legislacion, para examinar las cuestiones á que daba origen.

## NOTAS DEL TRADUCTOR

### PERTENECIENTES AL CAPITULO CUARTO.

PAGINA 227.

1 Alquier era un abogado y corregidor de la Rochella, cuando en 1789 le eligieron para los estados generales, donde fué miembro de las comisiones de marina y las Colonias. En ellas estendió una multitud de informes sobre las diferentes turbulencias que ocurrieron en ellas y en la metrópoli. En 22 de junio de 91 le nombraron comisionado á los departamentos del Norte y Paso de Calais para mantener el orden y tranquilidad que se habian turbado bajo pretexto de la evasion del rey. En setiembre de 92 le eligieron diputado á la convencion donde votó la muerte de Luis XVI, pero pidiendo que se diferiese su egecucion hasta la paz. En 1795 fue tambien comisionado á Brest, de suerte que nunca se verificó que asistiese y permaneciese sentado en el mismo banco durante toda una sesion. A las dos se sentaba en el centro y se sonreia con Vergniaud; á las tres se subia á la Montaña y daba la mano á Danton, hablaba con St. Just y no aplaudia nunca sino en pie. Mientras estuvo comisionado en los departamentos del Oeste para la requisicion de caballos parece que no echó en olvido sus propios negocios sin perjuicio de los demas. En los años de 94 y 95 estuvo tambien en diferentes comisiones en que se condujo con mucha moderacion. Despues fue miembro del consejo de los ancianos, y en tiempo del directorio le hicieron cónsul en Tanger y despues ministro residente del elector de Baviera. Ultimamente el cónsul Bonaparte le nombró embajador en Madrid en reemplazo de Guillemardet, y dejó aquel puesto á Luciano el año 1801, pasando él á la embajada de Nápoles.